

BADIA, Antoni M. / SOLÀ, Joan (eds.) (2006): *Joan Coromines, vida y obra. Con la colaboración de Ernest Rusinés*. Madrid: Gredos, p. 1199.

En la estela dejada por los homenajes a Joan Coromines en el año (de hecho, bienio: 2005-2006) del primer centenario de su nacimiento (1905-2005), este voluminoso libro de casi mil doscientas páginas reúne una selección de trabajos de especialistas y conocedores de la vida y la obra corominianas,

*Estudis Romànics* [Institut d'Estudis Catalans], Vol. 32 (2010), p. 427-551

así como una muestra de dieciocho textos de Coromines que jalonan más de medio siglo (1936-1989) de quehacer investigador y humano. Los coeditores, asimismo prestigiosos representantes de la lingüística catalana y románica, anteponen a este impresionante volumen una *Introducción a la vida y la obra de Joan Coromines* (pp. 9-43) que adapta y ensambla, a partir de los originales en catalán de sendas necrologías (BADIA, *Revue de Linguistique Romane*, 61 [1997], pp. 300-308; y SOLÀ, *Estudis Romànics*, XXII [2000], pp. 342-350), los textos de ambos, aun si la personal mirada de cada uno los mueve a dar «entre corchetes algún fragmento que refleja sólo o principalmente la opinión de uno de los autores, que se indica con las iniciales (A. B. o J. S.)» (p. 9, nota). Así, en la referencia del primero a cómo el sabio catalán «no se limitaba a manifestar con aspereza sus diferencias frente a quienes sostenían puntos de vista opuestos a los suyos», e incluso añadía «insultos duros, a menudo hirientes» (p. 23); o en la alusión a su «inmenso complejo de superioridad» (p. 24). Así también, en la diferente mirada de Badia a las «frecuentes salidas de tono [...] de los últimos tiempos (*DECat* y *OnCat*)» (*ibidem*) y la de Solà a los «comentarios y opiniones personales» de todo tipo, que considera «un poderoso atractivo pretendido por el autor y al que él mismo se refería con la palabra *grumeig* ('cebo')», lo que contribuye (siempre según Joan Solà) a la consideración de Coromines como «uno de los grandes escritores contemporáneos en lengua catalana» (p. 25).

Por lo demás, Badia y Solà coinciden en una semblanza ilustrativa de la vida y la obra de Coromines a través de hitos y etapas como su formación primera (al arrimo de maestros de la talla de Fabra, Menéndez Pidal y Jud), el exilio, las encuestas toponímicas sobre el terreno, el vaciado de archivos y fuentes, la realización de los grandes proyectos, los diccionarios etimológicos del castellano y del catalán, el *Onomasticon*... Y en dicha *Introducción* presentan el contenido del libro, que incluye una primera parte (*Sobre la vida y la obra de Joan Coromines*, pp. 47-664) de contribuciones de distintos autores: algunas, reproducidas sin alteración a partir de artículos ya publicados (por ejemplo, en los libros editados anteriormente, y por separado, por Solà [*L'obra de Joan Coromines*, 1999] y Badia [*Homenatge de l'IEC a Joan Coromines, en el centenari de la seva naixença*, 2006]); otras, ligeramente retocadas; las restantes, escritas expresamente para la ocasión. Dichas contribuciones se presentan mayoritariamente en catalán y en castellano (hay sólo una en francés). Integran la segunda parte (*Antología de Joan Coromines*, pp. 667-1181) los dieciocho textos que los editores han considerado más representativos del *modus vivendi et operandi* de Coromines; redactados en su mayor parte asimismo en catalán y en castellano (sólo uno en portugués y otro en francés). Completan el libro unos utilísimos *Índices de la primera parte* (pp. 1183-1199), elaborados por Ernest Rusinés: *Onomástico*, de *Palabras* (*Palabras de lenguas románicas, topónimos y antropónimos estudiados*) y de *Lenguas*. La extensión del volumen me obligará a ser bien selectivo y somero en la reseña de cada aportación.

La primera parte se inicia con un extenso artículo de Joseph Gulsoy («Joan Coromines, lingüista», pp. 47-123), uno de los discípulos dilectos del «gran mestre», como afectuosamente lo nombra en la primera página (p. 47). En este artículo, cuya riqueza de datos lo convertiría por sí solo en un libro aparte, Gulsoy, basándose en fuentes documentales sobre la biobibliografía corominiana previa, y asimismo en recuerdos personales, traza su personal retrato del maestro, que revela la implicación del lingüista canadiense en los proyectos y en la vida de Coromines, así como su admiración reverencial hacia este, ya desde los años 50: «Vaig ser testimoni de l'amplitud del seu vocabulari marítim durant la meva primera estada a Barcelona, a l'estiu de 1957. M'havien invitat ell i la senyora Bàrbara, la seva dona, a passar un diumenge amb ells a la casa de Sant Pol. Tot just acabat el dinar el mestre em va menar a la platja, on hi havia vaixells de pesca i transport, i allí em va donar a mi, llavors doctorand i aprenent novell, una lliçó de gairebé una hora sobre el lèxic dels mariners [...]» (p. 77).

José Antonio Pascual, «Sobre el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, de Joan Coromines» (pp. 124-148). Artículo procedente, con algún retoque, del publicado por el mismo autor en el *Homenatge de l'IEC a Joan Coromines, en el centenari de la seva naixença*, que editó Badia en 2006; artículo que llevaba el título primero de *La responsabilidad de un científico: el Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana, de Joan Coromines* (pp. 23-41). A mi propia reseña (*ER*, pp. 444-447; y en concreto la p. 445) me remito, pues, en lo básico. Ahora Pascual cita de la *Corresponden-*

cia entre Joan Coromines y Ramón Menéndez Pidal editada por él mismo y por José Ignacio Pérez Pascual (2006): «Empecé el diccionario joven y lo he acabado envejecido prematuramente por un esfuerzo que no sin razón califica Jud de “inhumano”. Once, doce y a veces quince horas de trabajo fueron mi pan cotidiano durante los últimos años» (p. 139); eso escribe Coromines a Pidal el 13 de mayo de 1952. José Antonio Pascual, colaborador de Coromines en el *DCECH*, familiarmente conocido como el diccionario “Corominas/Pascual”, enmarca la labor de su maestro en las penurias del exilio y en el estado de la lingüística histórica a mediados del siglo xx, exonerándolo así de críticas como las de Malkiel o del agravio comparativo con respecto al «refinamiento formal del *FEW* de Walther von Wartburg» (p. 142). *Pragmatismo y responsabilidad* (pp. 138-145), como en el artículo de origen, es el epígrafe para el punto cuarto: «la responsabilidad que el investigador contrae sobre [la] realización [del trabajo científico]»; como destacó ya en mi anterior reseña sobre la *Conclusión* de Pascual.

Joan Veny, «Joan Coromines i la dialectologia catalana» (pp. 149-185). Para describir la labor corominiana, el autor idea la metáfora de un «colossal edifici de tres plantes que, per la seva grandiositat, exigiria tres vides» (p. 149). Hay que ayudarse en maestros como Coromines, que nos sirven de apoyo (*fan esqueneta*) «per a pujar a cims més alts» (p. 150). El Coromines dialectólogo recorrió todas las áreas dialectales del dominio catalán, con la excepción del enclave del Alguer [l'Alguer] en Cerdeña. Y de su experiencia dialectológica se beneficia el ejercicio etimológico, por más que Veny no duda en distanciarse de algunas interpretaciones del sabio catalán: «La possible arrel mossaràbiga dels hipocòrístics valencians *Nelo, Ximo*, etc., fa somriure» (p. 173) [véase dicha interpretación en uno de los trabajos de Coromines recogidos en la segunda parte del libro: p. 971, n. 7]. Eventuales errores o inexactitudes no serían sino «nuvolets en un cel resplendent» (p. 180; deliciosa imagen), según Veny, quien concluye: «estem davant la figura més rellevant de la lingüística catalana i d'un dels romanistes més brillants del segle xx» (*ibidem*).

Como brillante romanista que era, Coromines se dedicó con pasión a una lengua romance vecina del catalán, que además le era bien próxima en sus vivencias: de su querencia por la lengua y la tierra occitanas del Valle de Arán se ocupa Aitor Carrera, «Joan Coromines i la toponímia aranesa» (pp. 186-222). Desde sus «Etimologies araneses» (1925) y su tesis doctoral (*Vocabulario aranés*; presentada en 1928 y publicada en 1931), que son trabajos de juventud, hasta sus obras de madurez: el *DECat*, el *OnCat* y, especialmente, *El parlar de la Vall d'Aran* (1990). Coromines conocía muy bien el territorio de Arán, y Carrera así lo reconoce, por más que aluda también, en su apartado final (*El llegat científic de Coromines: petits problemes i grans virtuts*, pp. 211-218), a nuevas “nubecillas en un cielo resplandeciente” (para decirlo con la imagen de Joan Veny).

Philip Rasico, «Dues enquestes lingüístiques inèdites de Joan Coromines: els termes de Cervera de la Marenda i de Portvendres (1959)» (pp. 223-253). Incluye la transcripción de las encuestas, a partir de las correspondientes *llibretes de camp* (como Coromines gustaba de llamarlas), y un estudio lingüístico. Los datos recogidos in situ por Coromines en esta parte más septentrional del dominio catalán entre 1959 y 1960 se registraron en cinco “libretas de campo”, cuyo contenido habría de destinarse a los cedularios del *OnCat* o el *DECat*. Pero no todo ese material pudo ser aprovechado en estas dos grandes obras. De ahí el interés de que se dé a conocer ahora parte de ese material inédito.

Alberto Várvaro, «Joan Coromines y la lingüística románica» (pp. 254-281). El autor atiende a la formación romanística de Coromines: «[...] tenía toda la razón cuando escribía con orgullo: “al fin soy romanista sin limitaciones” (*DCEC*, I, xxiv)» [p. 277]. Se refiere al método etimológico que guía sus diccionarios y a los avatares de una intensa vida científica. Concluye con la *Ironía de la historia* (epígrafe del último apartado) que marca el devenir de la pirámide corominiana: «Condicionado por su sobrehumano programa de trabajo, Coromines renunció a actualizar sistemáticamente sus propios vaciados» (p. 275). Aun si le resultan del todo extrañas las modernas corrientes del estructuralismo, la sociolingüística o el generativismo, continúa una prestigiosa tradición de maestros romanistas, de entre los que Várvaro destaca a Menéndez Pidal y a Jakob Jud.

Éva Buchi, «Joan Coromines et l'étymologie lexicale romane: l'exemple roumain» (pp. 282-332). Reproducción del trabajo incluido en el *Homenatge de l'IEC a Joan Coromines, en el centenari de la*

*seva naixença* editado por Badia (2006), al cual ya consagré una anterior reseña, y a la que de nuevo me remito (ER, pp. 444-447; y en concreto las pp. 445-446). El extenso estudio de Buchi se ocupa de la etimología *alloromane* y contabiliza, a partir de datos de los índices del *DCELC* (IV, pp. 1093-1217), 883 unidades léxicas de diferentes lenguas romances. Centrándose concretamente en el rumano, realiza un sondeo a partir de doce etimologías originales de Coromines, con una presentación muy metódica de cada propuesta etimológica y la correspondiente recepción por parte de la comunidad romanística. Unas tablas de recapitulación (pp. 72-73) preceden a la conclusión de la autora, que manifiesta una evaluación globalmente positiva. Y la última tabla de síntesis computa:

a) Siete etimologías correctas: como la que liga la solución arrumana *imnu*, juntamente con la castellana *andar* y la catalana *anar* y otras congéneres románicas, a un latín vulgar tardío *AMNĀRE* < llat. vulg. \**AMLĀRE* < llat. cl. *AMBŪLĀRE*.

b) Dos parcialmente correctas: así, *a infuleca* no sería formación autóctona a partir de *foale*, ya que el sufijo *-ICARE* no es productivo en rumano, sino representante hereditario de un lexema latino, tal como *folgar* < *FOLLĪCĀRE*.

c) Tres erróneas: tal como *a învâța*, que, como el castellano *avezar* y otros congéneres, Coromines considera formación románica en lugar de continuación de un tipo latino reconstruible como \**INVĪTĪĀRE* o paralelamente \**ADVĪTĪĀRE* (tal como argumentaba Meyer-Lübke en el *REW*; acertadamente, según Buchi).

La autora concluye que los autores rumanos han negligido las aportaciones de Coromines sobre el rumano, y que no pocos romanistas han ignorado asimismo las hipótesis corominianas: «un rendez-vous manqué entre Coromines et l'étymographie alloromane» (p. 326) habrá de dejar paso en este siglo XXI a un espíritu panrománico de colaboración, que sin duda guía ya el nuevo proyecto de *Dictionnaire Étymologique Roman (DÉRom)* dirigido por Éva Buchi y Wolfgang Schweickard: <http://www.atilf.fr/DERom>.

Javier Terrado, «El proyecto corominiano de un Onomástico hispánico» (pp. 333-367). El autor acude a una cita de Coromines (*Tópica Hespérica*, 1971, I, p. 10) en que el sabio catalán tilda la toponomástica hispana de «ciencia del acertijo» si no se emprende una labor bien hecha en dicho campo. Y cuarenta años más tarde sigue esta sin haberse llevado a cabo. Coromines había planteado tal proyecto a partir de las incursiones de medio siglo atrás realizadas en diferentes regiones por investigadores como Alvar (Aragón) o Michelena (País Vasco). Terrado reflexiona sobre *El «Onomasticon hispanicum» que hoy podemos hacer* (epígrafe del punto 3: pp. 336-343), comenzando por las aportaciones de los últimos años (así, el *Nomenclátor de Galicia* o el *Nomenclátor oficial de toponimia mayor de Catalunya*, por citar sólo dos proyectos paralelos a poniente y levante), y a continuación señala lo que está por hacer (en palabras del autor): «el proyecto debería desarrollarse en dos fases: la primera[,] limitada temporalmente, con un triple resultado final: una base de datos, un diccionario toponímico y un atlas de nombres de lugar. La segunda fase quedaría abierta en el tiempo, con el objetivo de perfeccionar y completar la base de datos y con el de extraer de ella publicaciones de carácter aplicado [...]» (p. 341). De entre los aspectos que merecerían atención preferente, Terrado destaca el léxico de la época de orígenes, la hagiotoponimia, la toponimia botánica y la toponimia de origen antroponímico.

Francisco Villar, «Joan Coromines y los substratos prerromanos de la Península Ibérica» (pp. 368-399). Tras exponer sucintamente las teorías sobre los substratos peninsulares, el autor aborda la posición de Joan Coromines (así, su visión de las aportaciones de la «cultura de los Campos de Urnas», acuñada con el término de *sorotapto*: p. 390). Son de gran utilidad los inventarios de voces que en el *DCELC* se señalan con las marcas de origen (1) *sorotápico*, (2) *celta*, (3) *vasco* o *ibérico*, (4) *prerromano* y (5) *desconocido* (pp. 395-396).

Carmen Barceló, «El mozárabe en la obra de Joan Coromines» (pp. 400-435). El significado de *mozárabe*, aplicado a «la lengua romance medieval heredada del latín vulgar visigótico» según la definición del *DRAE* (1984, 20.<sup>a</sup> ed.), lleva a la autora a diversas consideraciones sobre la etimología e historia del término. Siguen varios apartados que encuadran dicho *mozárabe* en la historia lingüística y en la historiografía correspondiente, y unas cuantas calas sobre el léxico tenido por *mozárabe* en el *DCECH* y el *DECar*: así, voces que designan legumbres como la catalana *bajoca* o la castellana *guisan-*

te. En su conclusión, la autora advierte de que la información sobre aquella mal conocida realidad lingüística *mozárabe* debe ser profundamente revisada. Coromines confió excesivamente en fuentes como el *Glosario* de Simonet (1888) –Barceló llega a afirmar que la tal lengua *mozárabe* fue un invento de éste– (pp. 430-431). Y esa misma propensión abusiva de Coromines hacia el cedazo etimológico de lo mozárabe, allá donde pueden hallarse explicaciones alternativas a partir de la historia léxica de otros romances peninsulares, la han observado asimismo en los últimos tiempos especialistas bien autorizados como Germà Colón, quien se ha referido a esta faceta corominiana con la etiqueta (en catalán) de *mossarabomania*.

Federico Corriente, «Los arabismos del iberorromance entre Asín y Coromines» (pp. 436-481). Sin ambages ni remilgos, el autor critica la deficiente tarea de revisión de los arabismos del *DRAE* por parte de Miguel Asín en los años 40 del siglo pasado. E insiste en que se ha ido arrastrando hasta nuestros días un sinnúmero de errores en las etimologías del diccionario académico: al menos una tercera parte del millar de etimologías propuestas son «falsas o, al menos, inexactas» (p. 443), según Corriente, quien prosigue: «[...] dimos en la primera versión de este ensayo [publicado en Solà (ed.), *L'obra de Joan Coromines*, 1999, pp. 67-87] un apéndice con la lista de tales errores, confrontados no sólo con nuestras hipótesis, sino además con la opinión, generalmente preferible a las de Asín, de Joan Coromines, con el fin también de que se pudiera apreciar el resultado de una correcta metodología que bastó al romanista para quedar muy por delante del arabista en esta tarea [...]» (pp. 443-444). En esta nueva versión reitera que la labor etimológica de Coromines con respecto a los arabismos queda generalmente por encima de la de sus predecesores arabistas, si bien no escapa a (las llama Corriente) «etimologías desesperadas» como la de que *fideo* venga del árabe *fidā* ‘desbordarse’, «por su propiedad de aumentar de tamaño al cocerlos» (p. 460) [se incluye el tratamiento dispensado por Coromines a dicha voz en la segunda parte del libro: pp. 933-937]. En general, y siempre según Corriente, «cuanto más largo es el artículo de Coromines [y el de *fideo* se extiende dos páginas y media], menos convincente suele ser el étimo que propone» (p. 460). Como en el ensayo original, completa este otro, en forma de apéndice, un *Repertorio de étimos árabes criticados en Asín (1944), comparados con Coromines (DCEC) y Corriente (1996)* [pp. 465-478]. Siguen siendo imprescindibles el último estudio citado (en que Corriente revisa los arabismos del *DRAE*) y su *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance* (1999, 2003<sup>2</sup>).<sup>1</sup>

M.ª Teresa Echenique Elizondo, «La lengua vasca en la obra de Joan Coromines» (pp. 482-506). Nada ajeno al ámbito vasco, por sus aportaciones al léxico hispánico o por sus implicaciones en la historia lingüística de los romances pirenaicos (aragonés, aranés, catalán ribagorzano), Coromines se mantuvo en contacto con reconocidos vascólogos como Luis Michelena. Echenique sugiere que la aparición del *DCELC* bien pudo servir de acicate para el diccionario etimológico vasco ideado por Antonio Tovar y llevado a la práctica por Manuel Agud (Agud / Tovar, 1988-2003), y en el que incluso Coromines realizó meritorias aportaciones a las letras *A*, *B* y *D*. Es abundante el recurso a fuentes vascas por parte del etimólogo catalán, y su obra ha hallado eco en forma de reseñas en el ámbito vasco (concretamente el *DCELC* mereció elogiosas reseñas de Michelena entre los años 1954 y 1962 en el *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*). Además, el ejercicio etimológico de Coromines en castellano sirve para reconocer la continuidad de términos latinos o romances incorporados a la lengua vasca (como *sekula* ‘tiempo, siglo’, entre otras acepciones), o la penetración en esta de arabismos como *azukre* ‘azúcar’.

Carles Miralles, «Antígona i Joan Coromines» (pp. 507-511). Nótula en que el autor indaga sobre la apropiación de cierto pasaje de la obra de Sófocles que el etimólogo transcribe tras la dedicatoria del *DCECH* a la memoria de su padre, a su madre y a su mujer. Palabras de Antígona a su desaparecido padre Edipo, que resuenan en las de Coromines a la memoria del suyo.

Ocupan el resto de la primera parte del libro: unas «Notas biográficas de Joan Coromines», de Joan Pujadas i Marquès (pp. 512-562); la «Bibliografía de Joan Coromines», de Josep Ferrer i Costa (pp.

1. En este *Diccionario de arabismos* [s. v. *fideo* y *fideo(s)*] puede encontrarse la interpretación alternativa de Corriente a la etimología corominiana de *fideo*, que no se hallaba en el anterior párrafo de referencia (p. 460).

563-604), minuciosamente catalogada y distribuida bajo los epígrafes de: (A) *Libros de lingüística*, (B) *Ediciones de autores antiguos y modernos*, (C) *Traducciones*, (D) *Colaboraciones*, (E) *Artículos*, (F) *Reseñas*, (G) *Prólogos*, (H) *Discursos y cartas*, (I) *Colaboraciones en diarios*, (J) *Entrevistas*, (K) *Vídeos*, (L) *Misceláneas*, (M) *Webs* y (N) *Catálogos de exposiciones*; y, por último, una completísima «Bibliografía sobre Joan Coromines», asimismo de Josep Ferrer i Costa (pp. 605-664).

La selección de dieciocho textos de Coromines que conforman la segunda parte (*Antología de Joan Coromines*, pp. 667-1181) da una idea de la amplitud de intereses científicos y facetas humanas del sabio barcelonés a lo largo de medio siglo (de hecho, la mayoría, de las primeras décadas, anteriores a la inmersión de Coromines en la tarea de redactar grandes obras como el *DCECH*, el *DECat* y el *OnCat*): herencia léxica griega y árabe en catalán, similitudes entre Pirineos y Alpes, toponimia catalana de origen germánico, estudios de distintas voces de cara a la elaboración del *DCELC*, etimología portuguesa, fonética histórica catalana e hispánica, jarchas, léxico prerromano en catalán, toponimia prelatina, bilingüismo vasco-romance en la Baja Edad Media en el Pirineo central, notas sobre epigrafía en ibero, “sorotáptico” y “vasco ribagorzano”, apuntes sobre etimología gallega. Sigue una relación de los dieciocho títulos, el año de edición de los textos en su versión original (tal como consigna la obra sistemáticamente en una primera nota) y algunas pinceladas sobre cada uno.

«Les relacions amb Grècia reflectides en el nostre vocabulari» (1936) [pp. 667-707]. Contiene un apartado más extenso sobre *Termes marítims* (pp. 669-696), que me invita a recordar (con Joseph Gulsóy en su evocación de cierta vivencia de 1957 en la playa de Sant Pol de Mar: *vid. supra*) «l’amplitud del seu vocabulari marítim», su conocimiento del léxico de los marineros. Acoge asimismo dos apartados adicionales (*Altres mots d’origen grec*; «*Post-scriptum*» a «*melangia*»).

«Mots catalans d’origen aràbic» (1936) [pp. 708-798], en que empieza por advertir que «els mots de nissaga aràbiga són més nombrosos del que s’ha acostumat a creure» (p. 708): *Termes topogràfics* como el tipo léxico integrado por el cat. *racó*, el cast. *rincón* y el port. *racão*; términos vinculados a áreas semánticas como el tiempo meteorológico, vegetales, animales, el hombre y su cuerpo, la agricultura, el pastoreo, herramientas y utensilios; tecnicismos, abstractos, *varia*. Toda esta rica miscelánea se completa con dos apéndices. El primero, sobre la *Contribución a la fonética del hispano-árabe y de los arabismos en el ibero-románico y el siciliano* (1932) de Arnald Steiger (pp. 780-795), en que, tras destacar la gran importancia del libro, justifica su propia aportación de adiciones y correcciones, de entre las que yo destacaría, en relación a las pp. 176-179 de la obra de Steiger («tracta de la *l*, però no diu res de la *r*», escribe al respecto Coromines: p. 787), las agudas apreciaciones del etimólogo catalán sobre las distintas alternancias entre *l* y *r*: «en els arabismes, el canvi de *r* en *l* i el de *l* en *r*, no sols és més freqüent que en els mots d’un altre origen, sinó que en la gran majoria dels casos és inexplicable» (p. 788); observación a la que sigue una detallada casuística que Coromines intenta someter a ciertas regularidades relacionadas con los contextos de posición final, intervocálica y otras posiciones, en portugués, castellano y catalán. El segundo apéndice (pp. 795-798) es una nótila etimológica sobre el italiano *ragazzo* y el catalán *racaç*, *ragatxo*.

«*Dis Aup i Pirenèu*. A propósito del *Rätisches Namenbuch*» (1943) [pp. 799-827]. El título cobra sentido en boca del mismo autor: «[...] existen ciertas similitudes entre los dialectos románicos de los Pirineos y los Alpes. Pero yo creo que ese hecho tiene un volumen y un alcance más considerables que el que se le ha reconocido. Esto es lo que quería demostrar, aprovechando la aparición todavía reciente del *Rätisches Namenbuch* y del *Dicziunari Rumantsch Grischun*, [pero] sin duda sería excesivo concluir de ahí la existencia de un antiguo parentesco entre los habitantes de ambos territorios, comparable a la fraternidad que el felibre [Frederic Mistral] soñó para nuestros días en los famosos versos que recuerdo en el título» (p. 799). Se trata, pues, de uno de los artículos-reseña de Coromines, en que se viene a ilustrar la idea contemporánea de una *Romania continua*, como la llamó Amado Alonso: *continuum* romance en que participarían el área alpina y la pirenaica, como en el caso del tipo léxico *balma* (*baume* y variantes) ‘abrigo bajo la roca’, ‘socavón, peña, saliente’, que se extendería sin interrupción entre el ámbito catalán y los Grisonos. Se trata de una contribución en homenaje al «querido maestro» (así lo nombra en el párrafo final: p. 827) Jakob Jud.

Y en el párrafo inicial del siguiente artículo, «Noms de lloc catalans d'origen germànic» (1943) [pp. 828-852], también destinado originalmente a una miscelánea de homenaje, Coromines alude a otro de sus maestros, «[Pompeu] Fabra, Mestre estimat». Aborda nombres acabados en *-ren(y)*, como *Gombren(y)* (< GUMESIND) o *Gisclareny* (< GISCLASIND); en *-riu*, com *Aradariu* (< [VILLA] HARDARICI) o *Vilopriu* (< [VILLA] HILPERICI); en *-iu* (procedentes de nombres de persona germánicos), como *Vilaformiu* (< VILLA FRUMICI); y algunos otros nombres de lugar asimismo procedentes de antropónimos germánicos.

«Problemas del *Diccionario etimológico*» (1947) [pp. 853-906]. Espiguelo etimológico que anticipa datos de Coromines sobre la historia de una serie de voces destinadas al *DCELC*. Artículo publicado poco después de la llegada de Coromines a la Universidad de Chicago: *alrededor, bellaco, bostezar / acezar, escarmiento, garra, guisante, mojiganga, seta / jeta, tez, zalagarda / zaragata*.

«Duas etimologias portuguesas» (1949) [pp. 907-913]. Breve artículo en que trata de las voces portuguesas *cotovelo* 'codo' y *cantiga*.

«Del pidal de Don Ramón» (1950) [pp. 914-949]. En homenaje a otro de sus maestros, Menéndez Pidal, cuyo segundo apellido le sirve para honrar su figura («*Pidal* es en Asturias un semillero de árboles. [...] También la obra de D. Ramón es un semillero» [p. 914]). Aporta el tratamiento etimológico de otro espiguelo de voces asimismo destinadas a su *DCELC*: *gaita, estribote, fideo, gancho, aulaga / aliaga*.

«Algunes lleis fonètiques catalanes no observades fins ara» (1951) [pp. 950-987]. Entre ellas, la que encabeza la serie (I. *Evolució del grup -tr- entre vocals*), que determina un doble tratamiento en función de que el grupo sea primario (-TR-) o secundario (-T'R-): en el primer caso, *PATRINU* > *padrí*; en el segundo, *PATER* > *PAT'R* > *pare*. El razonamiento de Coromines, que se apoya en el doble tratamiento paralelo en francés (*parrain / père*), ha llamado la atención de Joan Solà justamente en una de las celebraciones del *Any Coromines*.<sup>2</sup>

«D'alguns germanismes típics del català» (1952) [pp. 988-1020]. En palabras de Coromines (que encabezan el trabajo): «mots d'origen germànic que o bé són exclusius de la llengua catalana o hi tenen llur localització principal i hi presenten un descabdellament semàntic autòcton»; a saber, *bare* 'traidor', *boig* 'loco', *òliba* 'lechuza' y *estona* 'rato'. El texto original fue destinado a homenajear a otro romanista de prestigio, Mario Roques, al que Coromines dispensa en su párrafo final el elogioso trato de «mestre eminent».

Sigue otro artículo de homenaje a un maestro, «mi querido amigo y maestro don Amado Alonso» (según afectuosa mención inicial de Coromines): «Para la fecha del yeísmo y del lleísmo» (1953) [pp. 1021-1028]. En él aporta datos de América y de la Península Ibérica.<sup>3</sup> En la nota 8 (p. 1028), que cierra el artículo, me llama la atención su agudeza observadora, el «testimonio de catalán que vivió seis años en Argentina, y distingue los dos sonidos *ž* y *š* en su lengua materna [...]. La pronunciación *š* de la *ll* se oía incomparablemente menos que *ž* en los años 1939-1945».

«Para la interpretación de las jarchas recién halladas (ms. G.S. Colin)» (1953) [pp. 1029-1035]. Publicadas por don Emilio García Gómez en el tomo XVII de *Al-Andalus*, Joan Coromines saluda efusivamente la aparición de tal documento en dicha revista, y ofrece una lista de enmiendas y sugerencias en otro más de sus característicos artículos-reseña.

«Sobre els elements catalans d'origen pre-romà» (1955) [pp. 1036-1052]. Su tono se adapta a la limitación de espacio impuesta por el contexto de origen (la comunicación presentada al VII Congreso

2. J. Solà, *Joan Coromines com a exemple. Lliçó inaugural. Inauguració del curs acadèmic 2005-2006 (Barcelona, 7 de octubre del 2005)*, pp. 21-22; bajo el epígrafe de *La distinció entre larron i mère en francès*.

3. A propósito de *galluva* (< *gayuba* 'Arctostaphylos uva-ursi'), yerra el sabio en la atribución de Titaguas a la zona aragonesa de Castellón (p. 1024), pues se trata de una localidad de la Serranía interior de la provincia de Valencia. A este tratamiento errático en la ubicación y los datos de Titaguas me he referido en J. E. GARGALLO, «Joan Coromines i el lèxic dels altres valencians», *Zeitschrift für Katalanistik*, 20 (2007), pp. 35-61. Tampoco me parece afinado referirse a Utiel como «zona aragonesa de Valencia» (*ibidem*): si bien llegan aragonesismos de aluvión al habla de Utiel, su variedad es más bien de tipo castellano-manchego.

Internacional de Lingüística Románica en la Universidad de Barcelona en 1953): «és evidentment impossible en vint minuts de temps, o en poques pàgines de text, d'exposar en el seu conjunt una matèria tan vasta i complexa» (así comienza: p. 1036). Y en la quincena de páginas correspondiente desgrana formas como el vasco *muga* 'borne, límite' (sin relación con el fluviónimo de *la Muga*, continuador de SAMBUCA con reanálisis del artículo), *nava*, el catalán *tancar* 'cerrar', entre otras. Trata, además, de toponimia, como la ibero-vasca del Pallars (en el extremo noroccidental de Cataluña): así, los *Certascan* i *Tavascan* del valle de Cardós, que contendrían el elemento *azkan* 'final, fin'. También sobre toponimia versan los artículos siguientes.

«Toponimia de Andorra» (1955) [pp. 1053-1077]. Revela un exquisito conocimiento del terreno y una metodología bien meditada, que guían al estudioso camino de su *Onomasticon Cataloniae*. Por ejemplo, un nombre de mujer bastante común hoy en día, *Meritxell*, es finamente analizado en su origen toponímico como diminutivo de *Mereig* –heredero de MERIDIES– y variante de *Meritgell*, que Coromines dice haber oído con una *g* bien sonora a muchos andorranos (p. 1059).

Tras anteriores contribuciones a misceláneas de homenaje a “maestros” (Jud, Fabra, Menéndez Pidal, Amado Alonso) así nombrados en los artículos de referencia, un Coromines de edad algo más madura deja ahora su marca «en honor de un eminente y admirado colega» (p. 1079), Gerhard Rohlfs, en un artículo originalmente publicado en 1958: «Para el origen de algunos antiguos nombres de lugar castellanos de aspecto céltico» [pp. 1078-1113]; en el que trata los topónimos siguientes: *Selgua*, *Bergua*, *Blecua*; *Loeches*, *Chiloeches*; *Andévalo*, *Arévalo*; *Aranda*, *Peñaranda*, *Miranda*, *Ecuoranda*; y concluye con un apartado *Acerca del nombre del río «Esla» y otros celtismos* (pp. 1102-1113). Todo un alarde sobre toponimia hispánica que me hace volver sobre el interés del proyecto de un *Onomasticon hispanicum* al que se ha referido más arriba Terrado, y que Coromines preconizaba.

«La survivance du basque jusqu'au bas moyen âge. Phénomènes de bilinguisme dans les Pyrénées centrales» (1960) [pp. 1114-1119]. Denso artículo en el que se recogen datos toponímicos del Alto Aragón, la Cataluña noroccidental pirenaica y el Valle de Arán. Reúne al final dos grupos de listas de *villages à nom préroman ou à terminaison préromane* (pp. 1148-1152) y de topónimos con *traits phonétiques précatalans* (pp. 1152-1157); este segundo incluye una última lista con 39 topónimos del Valle de Arán (p. 1157), cuyos rasgos fonéticos debieran ser considerados no “precatalanes” sino “pregascones”. Rematan el trabajo dos mapas de referencia (sobre el espacio pirenaico comprendido entre Navarra y Andorra; y sobre la Cataluña noroccidental), que son los únicos de toda la obra.

Las décadas de los 70 y los 80 se ilustran con sendos trabajos: «Dos notas epigráficas» (1973) [pp. 1160-1171]; en torno a ibero y sorotápico, así como a una inscripción en vasco ribagorzano del siglo I; y «Sobre el origen de dos antiquísimos adverbios gallegos» (1987) [pp. 1172-1179], *aínda* y *asemade*. Ambos muestran facetas diversas de la poliédrica figura del sabio barcelonés, cuyo particular genio le dictó, ya anciano, un texto (no científico, sino epistolar) con el que significativamente han decidido los editores concluir la muestra de la obra corominiana:

«Carta que Joan Coromines va dirigir a Jorge Semprún, ministre de Cultura, amb motiu de ser-li atorgat el Premio Nacional de las Letras» (1989) [pp. 1180-1181]. Fechada el 6 de junio de 1989, muestra la singular simbiosis de vida y obra en Coromines: el ansia por culminar su “ardida pirámide” (con la última de las grandes obras, que casi verá acabada: el *Onomasticon Cataloniae*), el nacionalismo catalán, no reñido con el «entusiasmo por la unidad europea» (como había escrito Várvaro bajo el epígrafe *Entre lo particular y lo universal*: p. 255). Su vocación europea la proclama Coromines remitiendo a una de las últimas entradas (*zèfir*) del *DECat* (vol. IX, publicado poco después, en 1991), en la que se cita una tercina de Dante («In quella parte ove surge ad aprire / zefiro dolce la novella fronde. / di che si vede EUROPA rivestire»); *Divina Comedia, Paradiso*, XII, 46-48), y se muestra en total plenitud el estilo personalísimo de Coromines al que se refieren con distinta mirada en la *Introducción* al libro Antoni M. Badia y Joan Solà.

José Enrique GARGALLO GIL  
Universitat de Barcelona